

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
ISSN: 0213-4381 e-ISSN: 2605-3012

Volumen XXXVIII
Enero-Junio 2022
Número 73

SUMARIO

ARTÍCULOS

Pedro Riquelme Oliva

La Iglesia de Murcia, reducto de catolicidad en el Sexenio Democrático español (1868-1874)..... 1-32

Gloria Silvana Elías

La persona humana: el aporte de Juan Duns Escoto..... 33-51

Álvaro Pereira Delgado

Aproximación bíblica a la experiencia del miedo..... 53-75

Jon Mentxakatorre Odriozola

Subcreator: antropología lingüística y physis entre Adán y Tolkien..... 77-98

Ludmila B. Maevskaya & Khaisam Muhammad Aga

Development of Ibn Taymiyyah's ideas in the works of Sayyid Qutb (1906-1966).... 99-110

Martín Carbajo Núñez

Education and Integral Ecology. The Role of Family, Spirituality and University.... 111-128

João Manuel Duque

Catolicismo, Modernidade e Pós-Modernidade..... 129-142

Verónica Murillo Gallegos

Escotismo en Nueva España: ley natural y evangelización..... 143-161

Álvaro Roca Palop

La posibilidad de recuperar la inocencia de todo hombre..... 163-186

Claudio César Calabrese - Fernando Brambila - Eduardo de la Vega Segura - Anthony Torres Hernández

Energía y medio ambiente. Una mirada desde la Encíclica Laudato Si'..... 187-204

Jesús Sánchez-Camacho – José David Urchaga-Litago – Ninfa Watt

Reforma educativa en el tardofranquismo. Una mirada desde el periodismo religioso de la revista Vida Nueva..... 205-221

NOTAS Y COMENTARIOS

Ángel J. Navarro Guareño – Anna de Montserrat Vallvè – Eloi Aran Sala - Francesc Xavier Marín Torné - Anna Eva Jarabo Fidalgo

Los lugares de culto como experiencia educativa (I): Fundamentación pedagógica. La Basílica de la Sagrada Familia de Barcelona, un ejemplo paradigmático..... 223-238

DOCUMENTA

Francisco Gómez Ortín

Bio-bibliografía de Miguel Palao Rico..... 239-243

BIBLIOGRAFÍA..... 245-284

LIBROS RECIBIDOS..... 285-286

CARTHAGINENSIA fue fundada en 1985 como órgano de expresión cultural y científica del Instituto Teológico de Murcia O.F.M., Centro Agregado a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Antonianum (Roma). El contenido de la Revista abarca las diversas áreas de conocimiento que se imparten en este Centro: Teología, Filosofía, Historia eclesial y franciscana de España y América, Franciscanismo, humanismo y pensamiento cristiano, y cuestiones actuales en el campo del ecumenismo, ética, moral, derecho, antropología, etc.

Director / Editor

Bernardo Pérez Andreo (Instituto Teológico de Murcia, España)
Correo-e: carthaginensia@itmfranciscano.org

Secretario / Secretary

Miguel Ángel Escribano Arráez (Instituto Teológico de Murcia, España)
Correo-e: carthaginensia@itmfranciscano.org

Staff técnico / Technical Staff

Juan Diego Ortín García (corrección de estilo), Carmen López Espejo (revisión filológica), Esther Costa Noguera (traducciones), Domingo Martínez Quiles (gestión de intercambios), Diego Camacho Jiménez (envíos postales).

Consejo Editorial / Editorial Board

Vincenzo Battaglia (Pontificia Università Antonianum, Roma, Italia), Carmen Bernabé Ubieta (Universidad de Deusto, Bilbao, España), Mary Beth Ingham (Franciscan School of Theology, USA), Jorge Costadoat (Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile), Emmanuel Falque (Institut Catholique de Paris, France), Ivan Macut (Universidad de Split, Croacia), Francisco Martínez Fresneda (Instituto Teológico de Murcia, España), Martín Gelabert Ballester (Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia, España), Gertraud Ladner (Institut für Systematische Theologie. Universität Innsbruck, Österreich), Rafael Luciani (Boston College. Boston, Massachusetts. USA), Carmen Márquez Beunza (Universidad Pontificia Comillas, Madrid, España), Pedro Riquelme Oliva (Instituto Teológico de Murcia, España), Thomas Ruster (Fakultät Humanwissenschaften und Theologie, Technische Universität Dormund, Deutschland), Teresa Toldy (Universidade Fernando Pessoa, Portugal) Rafael Sanz Valdivieso (Instituto Teológico de Murcia, España), Jesús A. Valero Matas (Universidad de Valladolid, España), Olga Consuelo Vélez Caro (Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia).

Comité Científico / Scientific Committee

J. Andonegui (Facultad de Filosofía. Universidad del País Vasco. Bilbao. España), M. Correa Casanova (Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile), S. R. da Costa (Instituto Teológico Franciscano. Petrópolis. Brasil), H. J. Klauck (Facultad de Teología. Universidad de Chicago. USA), M. Lázaro Pulido (Facultad de Teología. Universidad Católica de Portugal. Lisboa. Portugal), F. López Bermúdez (Universidad de Murcia. Murcia. España), F. Manns (Facultad de Sagrada Escritura. Pontificia Universidad Antonianum. Jerusalén. Israel), L. C. Mantilla (Facultad de Teología. Universidad de San Buenaventura. Bogotá. Colombia), B. Monroy (Instituto Teológico Franciscano. Monterrey. México), M. P. Moore (Universidad del Salvador. Área San Miguel. Buenos Aires. Argentina), D. Sanchez Meca (Facultad de Filosofía. Universidad Nacional a Distancia (UNED). Madrid. España).

Secretaría y Administración

M. A. Escribano Arráez. Pl. Beato Andrés Hibernón, 3. E-30001 MURCIA.

La suscripción para 2022 es de 40 € para España y Portugal, y 60\$ para el extranjero, incluidos portes. El número suelto o atrasado vale 20 € o 30 \$. Artículos sueltos en PDF 3 € o \$ 5.

Any manuscripts and papers intended for publication in the magazine should be addressed to the Editor at the following address: Cl. Dr. Fleming, 1. E-30003 MURCIA. Single or back issues: 20 € or \$ 30. Single article in PDF 3 € or \$ 5.

Antiguos directores

Fr. Francisco Víctor Sánchez Gil (+2019) 1985-1989. Fr. Francisco Martínez Fresneda, 1990-2016.

D.L.: MU-17/1986

Impresión: Compobell, S.L.

APROXIMACIÓN BÍBLICA A LA EXPERIENCIA DEL MIEDO

A BIBLICAL APPROACH TO THE EXPERIENCE OF FEAR

ÁLVARO PEREIRA DELGADO

Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla

apereiradelgado@sanisidoro.net

Orcid: 0000-0002-7124-0162

AAT-9200-2020

Recibido 1 de noviembre de 2020 / Aceptado 25 de marzo de 2021

Resumen: La pandemia de la Covid-19 ha elevado exponencialmente los niveles del miedo en las sociedades occidentales. El presente ensayo trata de ahondar en la experiencia humana del miedo desde la perspectiva bíblica. Puesto que la complejidad y riqueza de los pasajes bíblicos sobre el miedo son inabarcables para un artículo de estas características, se adopta una metodología canónica; es decir, iremos estudiando los textos más significativos sobre el miedo en cada bloque del canon bíblico para tratar de encontrar los hilos temáticos más significativos. La investigación mostrará cómo la Biblia desvela las raíces teológicas más profundas del miedo y, al mismo tiempo, propone interesantes virtualidades educativas de esta experiencia humana universal.

Palabras claves: antropología bíblica; miedo; teología bíblica; temor de Dios

Abstract: The Covid-19 pandemic has exponentially raised the levels of fear in Western societies. This essay attempts to delve into the human experience of fear from a biblical perspective. Since the complexity and richness of the biblical texts on fear are overwhelming for an article of these characteristics, a canonical methodology is adopted; that is, we will study the most significant texts on fear in each block of the biblical canon to try to find the most relevant thematic threads. The investigation will show how the Bible reveals the deepest theological roots of fear and, at the same time, proposes interesting educational possibilities of this universal human experience.

Keywords: biblical anthropology; fear; biblical theology; fear of God

«No temerás el espanto nocturno
ni la flecha que vuela de día,
Ni la peste que se desliza en las tinieblas,
ni la epidemia que devasta a mediodía».
(Salmo 91,5-6)

1. Introducción

Las epidemias fueron calamidades muy comunes en la Antigüedad. La Biblia menciona muchas de ellas: una epidemia asoló Egipto por las malas artes de Abrahán con Sara (Gén 12,17); los egipcios sufrieron la plaga de las úlceras en los días previos al éxodo (Éx 9,8-12); una peste diezmó el reino de David por el pecado de su monarca (2 Sam 24,10-17; 1 Crón 21,7-17), etc. Por ello, un sabio del Salterio prometía al que lo escuchaba que, si confiaba en el Señor, no temería «la peste que se desliza en la tiniebla ni la epidemia que devasta a medio día» (Sal 91,6). Esta conexión entre epidemia y miedo, que testimonia el Salmo, ha vuelto a ser desgraciadamente actual con la Covid-19¹. Ahora bien, el miedo ya campeaba en nuestras sociedades occidentales antes del coronavirus. Esta pandemia global ha sido solo otra ocasión funesta para reconocer una de las verdades más dolorosas de nuestro mundo actual. En palabras del prestigioso sociólogo Zygmunt Bauman, «el miedo constituye, posiblemente, el más siniestro de los múltiples demonios que anidan en las sociedades abiertas de nuestra época»².

En el presente ensayo vamos a recorrer las páginas bíblicas buscando esclarecer la experiencia del miedo. Intentaremos elucidar su identidad más profunda y también trataremos de averiguar si el miedo puede tener virtualidades positivas. Ya desde una perspectiva meramente antropológica, la enorme riqueza y pluralidad de relatos y géneros hace de la Biblia una obra experta en humanidad. Así pues, en ella, es posible encontrar muchas explicaciones y recomendaciones sobre la experiencia universal del miedo. Por

¹ Diversos estudios han señalado esta correlación entre la pandemia actual y el miedo. Por ejemplo, cf. Nina Kadidiatou Fofana et al., «Fear and Agony of the Pandemic Leading to Stress and Mental Illness: An emerging crisis in the novel coronavirus (COVID-19) outbreak», *Psychiatry Research* 291 (2020). doi: 10.1016/j.psychres.2020.113230; Kevin M. Fitzpatrick, Casey Harris, Grant Drawve, «Fear of COVID-19 and the Mental Health Consequences in America», *Psychological Trauma: Theory, Research, Practice, and Policy* 12, (2020): 17-21.

² Zygmunt Bauman, *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores* (Barcelona: Paidós, 2007), 166.

otro lado, la Sagrada Escritura es para los creyentes «alimento del alma» (*Dei Verbum* 21) y, en tanto que texto inspirado sobre Jesucristo, «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre» (*Gaudium et Spes* 21). Por ello, su lectura puede convertirse en una excelente vía para esclarecer la realidad del miedo según el parecer de Dios.

Puesto que la Biblia no es un tratado metódico y ordenado, sino que acumula —y en ocasiones contrasta— ideas y experiencias diversas, no nos vamos a acercar a la temática bíblica del miedo de forma sistemática. Otros autores ya han intentado esta empresa hercúlea³. En nuestro ensayo, vamos a realizar algunas catas en los diversos bloques del canon de la Biblia (ley, profetas, escritos, evangelios, cartas, apocalipsis). Analizaremos uno o dos textos paradigmáticos de cada bloque, en los que aparece la experiencia del miedo, y trataremos de sacar consecuencias a nivel antropológico y teológico. Comencemos.

2. La Torá

a) El primer miedo: Adán y su desnudez

Cuando oyeron la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, Adán y su mujer se escondieron de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín. El Señor Dios llamó a Adán y le dijo: «¿Dónde estás?». Él contestó: «Oí tu ruido en el jardín, *me dio miedo*, porque estaba desnudo, y me escondí».

(Génesis 3,8-10)

Ya en las primeras páginas de la Biblia, aún en el paraíso, se dice que Adán experimentó miedo. El relato es dramático. La primera pareja humana ha transgredido el mandato divino que los unía a Dios. Han comido del fruto del árbol prohibido y, al escuchar el rumor de la presencia divina, se esconden de él por miedo. Al romper la relación con Dios, se reconocen como criaturas desnudas; es decir, descubren su vergüenza y vulnerabilidad;

³ El estudio más conocido pertenece a Bruna Costacurta, *La vita minacciata*. Il tema della paura nella Bibbia Ebraica (Analecta Biblica 119; Roma: PIB, 2007); cf. también su buen resumen Idem, «Paura», in *Temi teologici della Bibbia*, a cura di Romano Penna, Giacomo Perego e Gianfranco Ravasi (Cinisello Balsamo: San Paolo, 2010), 985-989. Cf. últimamente Matthew R. Schlimm, «The Paradoxes of Fear in the Hebrew Bible», *Svensk Exegetisk Årsbok* 84 (2019), 25-50.

y sienten miedo⁴. Si bien antes ya eran criaturas, la comunión primordial que los hacía vivir unidos a Dios les impedía temer cosa alguna: Dios era su valedor leal; ahora, en cambio, se lo figuran como un juez temible. Así pues, el pecado lleva a Adán y Eva a esconderse de su Creador. El pecado les ofusca y ven como enemigo al único que puede ampararlos: este desamparo les suscita el miedo a desaparecer. Nace así el miedo original: el temor a la muerte⁵. En conclusión, el primer miedo se revela como consecuencia del pecado, como reconocimiento de la indigencia humana y como temor a la muerte. Volveremos a esta relación entre pecado, miedo y muerte en el epígrafe sobre las cartas del Nuevo Testamento.

b) Del miedo al temor de Dios: El pueblo en el Sinaí

^{19,16} Al tercer día, al amanecer, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre la montaña; se oía un fuerte sonido de trompeta y toda la gente que estaba en el campamento *se echó a temblar*. ^{19,17} Moisés sacó al pueblo del campamento, al encuentro de Dios, y se detuvieron al pie de la montaña. [...] ^{20,18} Todo el pueblo percibía los truenos y relámpagos, el sonido de la trompeta y la montaña humeante. *El pueblo estaba aterrorizado*, y se mantenía a distancia ¹⁹ Entonces dijeron a Moisés: «Háblanos tú y te escucharemos; pero que no nos hable Dios, no sea que muramos». ²⁰ Moisés respondió al pueblo: «*No temáis*, pues Dios ha venido para probaros, para que *tengáis presente su temor*, y no pequéis». ²¹ El pueblo se quedó a distancia y Moisés se acercó hasta la nube donde estaba Dios.

(Éxodo 19,16-17; 20,18-21)

⁴ Gerhard von Rad, *El libro del Génesis* (Salamanca: Sígueme, 1982) 110: «Aparecer desnudo ante Dios era en el antiguo Israel una abominación. En el culto se evitaba cuidadosamente cualquier desnudez (Éx 20,26). Si la vergüenza es señal de una perturbación dentro más bien de las relaciones entre seres humanos, el miedo a Dios es signo de un trastorno en sus relaciones con su creador. Miedo y vergüenza serán desde ahora en adelante los estigmas incurables que el hombre lleva por su pecadora caída».

⁵ Bauman, *Miedo líquido...*, 46: «El “miedo original”, el miedo a la muerte, es un temor innato y endémico que todos los seres humanos compartimos, por lo que parece, con el resto de animales [...] Pero solo nosotros, los seres humanos, conocemos la inexorabilidad de la muerte y nos enfrentamos, por tanto, a la imponente tarea de sobrevivir a la adquisición de tal conciencia, es decir, a la tarea de vivir con (y pese a) la constancia que tenemos del carácter ineludible de la muerte».

En la teofanía del Sinaí, lo hijos de Israel, al contemplar las manifestaciones sobrecogedoras de Dios (truenos, relámpagos, densa nube, voz de trompeta), no pueden por menos que temblar de miedo. Aquí el miedo es la reacción lógica ante el misterio divino, una realidad tremenda y, por tanto, incontrolable y amenazante. Este miedo sensato expresa el reconocimiento humano de la trascendencia y alteridad divinas. Es una clase de temor reverencial de una criatura que se siente pequeña ante el misterio divino⁶. Ahora bien, este temor reverencial que brota del contacto con lo sagrado es equilibrado por la constatación de que Dios actúa en favor del pueblo, liberándolo y defendiéndolo. Dios es ciertamente terrible, nadie puede verlo y quedar con vida (Éx 33,18-20; Gén 32,31; Jue 6,23; Is 6,5; etc.); pero también es «compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad» (Éx 34,6). En magnífica síntesis, el libro de Daniel afirma que el «Dios grande y terrible» es también el «que guarda la alianza y es leal con los que lo aman y cumplen sus mandatos» (Dan 9,4).

Notemos que, si en el pasaje del Génesis el miedo a la muerte era la funesta consecuencia del pecado, una consecuencia absolutamente negativa; en el texto del Éxodo, el temor aparece como una reacción saludable. Si el primer pecado provocó el miedo de Adán, ahora el temor se convierte en la vía contraria para liberarse del pecado. Así afirma Moisés: «Dios ha venido a probaros para que *tengáis presente su temor, y no pequéis*» (Éx 20,20). Por formularlo de manera sencilla: se trata de transformar el miedo en temor del Señor⁷; es decir, convertir el miedo pavoroso y paralizante en una obediencia fiel a la ley del Señor. El Dios del Éxodo no quiere «meter miedo», una reacción emotiva de terror; sino suscitar obediencia a la ley, una decisión libre y activa de fidelidad a su alianza⁸. Así dice en Dt 10,12-13:

¹² Ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor, tu Dios, sino que *temas al Señor*, tu Dios, siguiendo todos sus caminos, y que *le ames* y que sirvas al Señor, tu

⁶ Costacurta, «Paura», 986, cita otros textos similares: Gén 28,19-17; Dt 6,23-27; 1 Sam 12,16-20; 2 Sam 6,1-10; Job 23,13-17; etc. La reacción de Pedro ante la pesca milagrosa («Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador»: Lc 5,8) funciona de forma similar.

⁷ Gianni Cappelletto, *In camino con Israel*. Introduzione all'Antico Testamento, vol. I (Studi Religiosi; Padova: Messaggero, 2016), 251, notando el miedo que sobrecogió a Israel antes del paso del Mar Rojo (Éx 14,10.12-13) y la fe reverencial del final (14,31), afirma: «*Più che di passaggio del mare si potrebbe allora parlare di passaggio dalla paura alla fede: è questo il vero esodo, l'atto di fede fondante tutti gli altri*».

⁸ Cf. Brevard S. Childs, *El libro del Éxodo. Comentario crítico y teológico* (Estella: Verbo Divino, 2003), 370.

Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, ¹³ *observando los preceptos* del Señor y los mandatos que yo te mando hoy, para tu bien?

Ahora bien, el temor del Señor en tanto que amor y obediencia a Dios no excluye el respeto reverencial ante la presencia terrible del Altísimo, más bien lo asume, lo integra y lo purifica. Por ello, el temor del Señor es aún una clase de miedo⁹. Por eso no deberíamos leer el NT en clave marcionita como la eliminación de este tipo de temor reverencial. Así comenta Childs acertadamente: «La nueva alianza no es la sustitución de un Dios amigo por el terror del Sinaí, sino más bien un mensaje gratuito de un acceso abierto al propio Dios, cuya presencia pide aún temor y reverencia»¹⁰.

3. Los profetas

a) Miedo y vocación: el caso de Jeremías

⁴ El Señor me dirigió la palabra: ⁵ «Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te constituí profeta de las naciones». ⁶ Yo repuse: «¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que solo soy un niño». ⁷ El Señor me contestó: «No digas que eres un niño, pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene. ⁸ *No les tengas miedo*, que yo estoy contigo para librarte» —oráculo del Señor—. ⁹ El Señor extendió la mano, tocó mi boca y me dijo: «Voy a poner mis palabras en tu boca. ¹⁰ Desde hoy te doy poder sobre pueblos y reinos para arrancar y arrasar, para destruir y demoler, para reedificar y plantar» [...] ¹⁷ «Pero tú cíñete los lomos: prepárate para decirles todo lo que yo te mande. *No les tengas miedo; que*

⁹ Según Jason A. Fout, «What Do I Fear When I Fear My God? A Theological Reexamination of a Biblical Theme», *Journal of Theological Interpretation* 9 (2015), 35 (23-38): «The fear of God as found in Scripture is not best understood by analogy with the typical human emotion of fear». Sin embargo, como bien replica Schlimm, «The Paradoxes of Fear», 32 n. 21, el temor del Señor también es una forma de miedo, en tanto que el que teme a Dios percibe la amenaza potencial que sería para su vida apartarse de Dios y rivalizar con él.

¹⁰ Childs, *Éxodo...*, 380. En este sentido, Childs nota el paralelismo entre Éx 19–20 y Heb 12,18-29: aunque las alianzas hayan cambiado (del Sinaí terrestre a la Jerusalén celeste, de la mediación de Moisés a la de Cristo), Dios sigue siendo el mismo «fuego devorador» (Heb 12,29) y la desobediencia de su nueva alianza es aún más pavorosa: «El autor conecta, pues, el temblor del Sinaí con el temblor escatológico» (Idem, *Éxodo...*, 374).

*si no, seré yo quien te meteré miedo de ellos.*¹⁸ Desde ahora te convierto en plaza fuerte, en columna de hierro y muralla de bronce, frente a todo el país: frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y al pueblo de la tierra.¹⁹ Lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo estoy contigo para librarte» —oráculo del Señor—.

(Jeremías 1,4-10.17-19)

«No tengas miedo» (*'al tîrā*) es una fórmula muy común en la Biblia¹¹. Si la experiencia del miedo está profundamente unida al sentimiento de soledad y desamparo, esta expresión, que suele proceder de Dios o de un mensajero suyo, transmite la certeza de la compañía y asistencia divinas. Es una fórmula muy frecuente en los relatos vocacionales. Así le dice el Señor al muchacho Jeremías, quien se siente incapaz de hablar y demasiado pequeño para ser profeta de Dios¹². Es un miedo lógico, habida cuenta de la imponente desproporción entre la misión encomendada —ser profeta de las naciones— y sus limitadas capacidades humanas. Este miedo tiene dos caras, una positiva y otra negativa. Por un lado, es un miedo respetuoso y benéfico: evita confiar demasiado en las propias fuerzas e invita a fiarse solo de Dios. La incapacidad del llamado aparece como el espacio donde Dios puede revelar su fuerza¹³; y el miedo, en tanto que reconocimiento humano de la debilidad propia, ayuda a tomar conciencia de ello. Sin embargo, por otro lado, el miedo es solo una situación transitoria que debe ser superada; de ahí el mandato: «no les tengas miedo». La fe de Jeremías en la palabra divina debe bastarle para vencer el miedo a ser rechazado, perseguido y

¹¹ Antes de sellar la alianza, el Señor se la dice a Abrán (Gén 15,1), también a Isaac (26,34) y a Jacob (46,3), renovando así las promesas familiares. Moisés le dice al pueblo «no tengáis miedo» en el mar Rojo (Éx 14,13-14) y, en Cades, antes de entrar en la tierra prometida (Dt 1,21.29; cf. 7,21; 20,1; 30,8); el Señor a Josué (Jos 1,9; cf. Dt 31,8); al cobarde Gedeón (Jue 6,23); a su siervo/Israel (Is 41,10.13; 43,1.5; 44,2); a Jeremías (Jer 1,8; 30,10; 46,27); a Ezequiel (Ez 2,6; 3,9); a Daniel (Dan 10,12); el ángel a José (Mt 1,20) y a María (Lc 1,30); etc. En el NT es una expresión muy común (Mt 10,26.31; 14,27; 17,6; 28,5.10; Mc 5,36; Lc 1,13; 5,10; 12,32; Jn 12,15; Ap 1,17; etc.). Para un estudio de la expresión en el Antiguo Testamento, cf. Santiago Bretón, *Vocación y misión. Formulario profético* (Roma: PIB, 1987), 142-152.

¹² Con una objeción similar reacciona Isaías ante la pavorosa teofanía del Señor en el templo: «¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de gente de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Señor del universo» (Is 6,5). Cf. Sara en Gén 18,15; Moisés en Éx 3,11.13; 4,1.10.14; 6,12; Gedeón en Jue 6,15; etc.

¹³ Cf. Laura Invernizzi, «Paura e inadeguatezza: spazio di Dio?», *Parole di vita* 63, n.º 3 (2018): 21.

asesinado por sus enemigos¹⁴. El profeta no debe tener miedo, porque Dios estará siempre con él para librarlo. Esa es su promesa: «yo estoy contigo» (Jer 1,8). La presencia divina le debe bastar en la lucha que enfrenta. Contra la soledad del miedo, la compañía de Dios es el mejor (y único) antídoto.

En su conclusión, la vocación de Jeremías repite la exhortación a no tener miedo y añade una afirmación chocante: «No les tengas miedo; que, si no, seré yo quien te meteré miedo de ellos» (Jer 1,17). El profeta debe confiar en el Señor; de lo contrario, el mismo Dios lo entregará al poder omnímodo del miedo. No se trata de una amenaza, sino de una constatación: solo la fe en Dios podrá librarlo de la angustia que lo asedia. Jeremías tiene que asumir que no debe tener miedo a ningún hombre, solo a Dios. Así también recomienda Is 51,12: «¿Por qué temes a un mortal que perece, a un hombre que pasa como la hierba?». Y, en el Nuevo Testamento, encontramos una formulación similar en boca de Jesús: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna» (Mt 10,28; cf. Lc 12,4-5); es decir, a Dios¹⁵.

4. Los escritos

a) La oración vence al miedo: el caso del Salmo 27

¹ *De David.*

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?

² Cuando me asaltan los malvados para devorar mi carne, ellos, enemigos y adversarios, tropiezan y caen.

³ Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo.

⁴ Una cosa pido al Señor, eso buscaré:
habitar en la casa del Señor por los días de mi vida;

¹⁴ Las confesiones del profeta (Jer 11,18-23; 15,10-11; 18,18-19; 20,7-10) desplegarán las raíces de ese miedo que ya se apunta desde el inicio en el relato de la vocación.

¹⁵ Dice Bauman, *Miedo líquido...*, 90, que «si hay un miedo que sea genuina y desesperadamente insoportable es el miedo a la invencibilidad del mal». Así pues, si temer a Dios es confiar en que él es bueno, entonces este insoportable miedo al mal queda superado. Por eso, paradójicamente, «el que teme a Yahvé [ya] no debe tener [ningún] miedo: el que ha de tener miedo es el que no teme a Yahvé»: Walther Zimmerli, *Manual de Teología del Antiguo Testamento* (Madrid: Cristiandad, 1980), 167.

gozar de la dulzura del Señor, contemplando su templo.
⁵ Él me protegerá en su tienda el día del peligro;
 me esconderá en lo escondido de su morada, me alzaré sobre la roca.
⁶ Y así levantaré la cabeza sobre el enemigo que me cerca;
 en su tienda sacrificaré sacrificios de aclamación:
 cantaré y tocaré para el Señor.

(Salmo 27,1-6)

El salmo 27 es un precioso canto de confianza. Hemos leído su primera parte (vv. 1-6). El punto de partida del salmo es el miedo. Aunque el orante menciona diferentes adversidades, reales o hipotéticas (una guerra: vv. 3-4; el abandono de los padres: v. 10; un juicio amañado: v. 12), el miedo es más peligroso que todas ellas, ya que lo asedia desde su propio interior. El salmista confiesa que la confianza en el Señor es más grande que el miedo, aunque su poder hostil no sea fácil de dominar¹⁶. De hecho, el diálogo interior que abre el salmo consiste en un poderoso intento por convencerse de ello: «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?» (v. 1). Si la palabra externa del Señor daba seguridad a Jeremías contra sus miedos, ahora es el propio orante el que se anima interiormente con la certeza de su fe y la fuerza de su oración. «Si Dios mismo invita a sus elegidos a “no temer”, ahora el hombre que se vuelve hacia sí declara: “¿a quién temeré?”»¹⁷. Las amenazas externas pueden continuar, pero la oración vence el poderío terrible del enemigo interno: el miedo.

Añadimos dos análisis más sobre la experiencia del miedo a la luz de este salmo. En primer lugar, la acción liberadora de la oración respecto del miedo no consiste en alejar el peligro —la realidad temible sigue presente—, sino en relativizarlo por medio del auto-convencimiento de que Dios es más fuerte que cualquier amenaza¹⁸. Un buen ejemplo de ello aparece en la versión

¹⁶ Cf. Luis Alonso Schökel y Cecilia Carniti, *Salmos*. I: Salmos 1–72. Traducción, introducciones y comentario (Estella: Verbo Divino, 1992), 437: «El orante [del salmo 27] de hecho tiene miedo. El miedo anida en un subterráneo de su espíritu y aflora a la conciencia, y no es posible reprimirlo del todo. Esas preguntas desafiantes del comienzo pertenecen a una especie de estímulo interno. La convicción mental y teórica de que el Señor es seguridad se debate con el sentimiento irremediable del miedo».

¹⁷ Benedetta Rossi, «Nella paura, la fiducia», *Parole di vita* 63, n.º 3 (2018): 27 («Se Dio stesso invita i suoi eletti a “non temere”, ora l’uomo rivolto a lui dichiara: “Di chi avrò timore?” [v. 1]»).

¹⁸ Agradezco esta sugerencia a la Profa. Teresa Bejarano, filósofa especialista en la teoría de la mente y el habla interior.

griega de Ester. Aquí la reina eleva una sentida oración para vencer al miedo que la bloquea, y así poder presentarse ante el rey Asuero e interceder por su pueblo: «^{17k} La reina Ester, *presa de un temor mortal*, se refugió en el Señor. [...] ^{17z} «¡Oh Dios, que todo lo dominas!, atiende a la voz de los que pierden la esperanza y líbranos de la mano de los malvados. *Y líbrame de mi temor.*»» (Est 4,17k-z). Y, en segundo lugar, la esencia musical de la oración —los salmos eran compuestos para ser cantados— también es un eficaz instrumento para doblar los espantos interiores. Como los niños que canturrean cuando se sienten solos y asustados, la oración cantada desactiva la angustia que provoca el miedo. Junto al canto, la luz que es el Señor también ayuda a disipar los miedos, siempre asociados a la oscuridad¹⁹. En fin, el diálogo interior conduce al salmista a la confesión de fe y a la súplica: solo una cosa pide, poder refugiarse en el templo, la casa del Señor. Allí nada tendrá que temer.

b) Principio de la sabiduría es el temor del Señor

El principio de la sabiduría es el temor del Señor,
los necios desprecian la sabiduría y la disciplina.
(Proverbios 1,7)

Corona de la sabiduría es el temor del Señor,
ella hace florecer la paz y la buena salud.
(Eclesiástico 1,18)

Decíamos comentando el texto del Éxodo que el pueblo debía transformar el miedo en temor del Señor. El temor del Señor era en la tradición deuteronómica una clase de amor al Dios de la alianza que demandaba cumplir los mandatos de la Ley y tomar conciencia de la necesidad de separarse de Dios. En clave sapiencial, los dos proverbios que acabamos de citar enseñan, asimismo, que el temor del Señor es tanto el principio como el culmen de la sabiduría. Proceden del esfuerzo de los sabios de Israel, que intentaron encontrar la armonía —a veces recóndita²⁰— entre las enseñanzas sapienciales que aprendían de su vida cotidiana y del diálogo con los sabios de otras naciones, y su

¹⁹ Bauman, *Miedo líquido...*, 10: «La oscuridad no es la causa del peligro, pero sí es el hábitat natural de la incertidumbre y, por tanto, del miedo».

²⁰ «Recóndita armonía» es el título de la primera romanza de la ópera *Tosca* de Puccini. Víctor Morla ha tomado esta bella expresión para subtítular su monumental comentario a *Job*. Cf. Víctor Morla, *Libro de Job*. Recóndita armonía (Estella: Verbo Divino, 2017).

fe firme en el Dios de la alianza. Su resultado mayoritario fue exitoso, aunque esta búsqueda debió ser purificada por cuestionamientos profundos (Qohélet, Job), que hicieron avanzar en la búsqueda de la auténtica sabiduría. Por eso, los sabios de Israel pudieron enseñar que existía una unión inescindible entre el esfuerzo y aprendizaje sapiencial, fruto de la experiencia («principio de la sabiduría...»), y la piedad religiosa, fruto del culto y la oración («... es el temor del Señor»). Así se logró una excelente síntesis entre conocimiento y fe. De ahí que afirmaran: «Temer al Señor educa en la sabiduría» (Prov 15,33).

Más concretamente, ¿en qué consiste el temor del Señor para la tradición sapiencial? El que teme al Señor es sabio porque reconoce que Dios ha dado un orden al mundo con sabiduría (Job 28,21-28). Él se sabe criatura llamada a obedecer la Ley, practicando la justicia con los demás y con la creación; y reconoce que debe confiar siempre en Dios, que gobierna el mundo con providencia amorosa, aunque muchas veces no sea posible saber cómo. Esta actitud es profundamente sabia porque del temor del Señor se derivan una vida larga y tranquila (Prov 10,27; 14,27; 19,23; 23,17-18), riquezas y honor (22,4). El sabio Ben Sira añadió a estas enseñanzas de la sabiduría tradicional que «el temor del Señor es un don del Señor» (Eclo 1,12). El esfuerzo personal no tendría éxito sin la gracia de lo alto.

Rescapitulando nuestra búsqueda acerca de la temática del miedo, nótese el cambio de perspectiva desde el miedo negativo a la muerte al respeto positivo y reverente que representa en la tradición deuteronomística y sapiencial el temor del Señor. También en los salmos aparecen frecuentemente los «temerosos de Dios», que lo alaban y tratan de vivir fieles a su alianza (Sal 22,24; 25,12.14; 31,20; 34,8.10; 66,16; 103,11.13.17).

5. El evangelio

En los evangelios se suceden multitud de pasajes en los que aparece el miedo ya sea como respuesta a las manifestaciones de Dios (Zacarías ante el ángel en el templo, Lc 1,12; el centurión ante el terremoto y la muerte de Jesús, Mt 27,54; etc.) o simplemente como espanto ante la amenaza de la muerte (los discípulos caminando hacia Jerusalén, Mc 10,32). Paradigmáticos son, en mi opinión, los pasajes de la barca, ya que el mar hace brotar toda clase de miedos ancestrales. Tras calmar la tempestad, Jesús reprende a sus discípulos: «“¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?”. Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: “Pero, ¿quién es este? Hasta el viento y el mar lo obedecen”» (Mc 4,40; Mt 8,26-27; Lc 8,25). O también, llenos de espanto al verlo caminar sobre las aguas, los discípulos reciben

las palabras confortantes de Jesús: «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo» (Mc 6,50; Mt 14,27; Jn 6,20). En fin, este miedo, mezcla entre la emoción instintiva ante una realidad pavorosa y el reconocimiento reverencial ante la manifestación de la divinidad, se muestra especialmente en los pasajes de la resurrección (Mc 16,8; Mt 28,8; etc.).

Ahora bien, que Dios, o su Mesías enviado, produzcan miedo reverencial y traten de sanar el miedo angustiioso de los discípulos es esperable. Sin embargo, de los evangelios surge una pregunta desconcertante: ¿Jesús, el Mesías Hijo, sintió también miedo? Analicemos, en este sentido, el pasaje más significativo: la agonía de Getsemaní.

a) El miedo del Hijo: Getsemaní

³² Llegan a un huerto, que llaman Getsemaní, y dice a sus discípulos: «Sentaos aquí mientras voy a orar». ³³ Se lleva consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, *empezó a sentir espanto y angustia*, y les dice: ³⁴ «Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad». ³⁵ Y, adelantándose un poco, cayó en tierra y rogaba que, si era posible, se alejase de él aquella hora; ³⁶ y decía: «¡Abba!, Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres».

(Marcos 14,32-36)

⁷ Cristo, en los días de su vida mortal, *a gritos y con lágrimas*, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. ⁸ Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer.

(Hebreos 5,7-8)

Jesús acaba de celebrar la cena pascual con sus discípulos. Les ha regalado el don de su cuerpo y su sangre; les ha revelado su muerte próxima; y les ha anunciado que lo van a abandonar. En este clima de entrega y abandono, llegan a Getsemaní para orar.

El texto revela tres emociones de Jesús: espanto, angustia y tristeza. Son tres manifestaciones del miedo. El primer término (*ekthambeō*), que solo aparece en Marcos (Mc 9,15; 14,33; 16,5-6), indica «ser movido a un estado emocional relativamente intenso debido a algo que causa gran sorpresa o perplejidad»²¹. Esta profunda conmoción interior es complementada por el

²¹ Walter Bauer et al., *A Greek-English Lexicon of the New Testament and other Early Christian Literature* (Chicago: University of Chicago Press, 32000), 303 («to be

siguiente «estar angustiado» (*adēmoneō*; cf. Mt 26,37; Flp 2,26), que connota, además, estar apartado y separado de otros²². Jesús aparece aquí sobrecogido, aislado y ansioso ante su muerte cercana. El tercer término, la «tristeza» (*perilypos*), que aparece en boca del mismo Jesús, añade al estremecimiento y a la angustia, una congoja honda «hasta la muerte», un sufrimiento capaz de matarlo, que alude a los salmos de justos sufrientes (cf. Sal 6,3; 42,5.11; 43,5). Por eso solicita amparo y compañía de unos discípulos que no están a la altura.

El cuarto evangelio emplea otro verbo del campo semántico del miedo, «estar turbado» (*tarassō*), para referirse al terrible estremecimiento que Jesús sufre ante el poder de la muerte: ante la tumba de Lázaro (Jn 11,33); en la dramática escena previa a la pasión (Jn 12,27); y al anunciar la traición de Judas (Jn 13,21). En fin, la carta a los Hebreos, de nuevo refiriéndose a la agonía de Jesús, afirma que Cristo presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte «a gritos y con lágrimas» (Heb 5,7)²³.

Los lectores de todas las épocas han interpretado este estremecimiento angustioso de Jesús en su agonía de Getsemaní como testimonio fehaciente de la humanidad de Jesús. Ya san Justino, en el siglo II, comentando el episodio del huerto, afirmaba que con ello «ponía de manifiesto ser verdaderamente hombre expuesto al sufrimiento»²⁴. Jesús no aparece, por tanto, como un filósofo estoico imperturbable. «Su coraje no es el de un individuo egocéntrico, como algunos héroes griegos, sino el de un hombre que se reconoce a sí mismo en estar con otros y ser para otros, consciente de la frágil potencialidad de lo humano y al mismo tiempo de las inconmensurables potencialidades del amor del Padre»²⁵. El padecimiento del miedo y la angustia, así pues, confirman la realidad de su encarnación.

moved to a relatively intense emotional state because of something causing great surprise or perplexity»).

²² Cf. Joel Marcus, *El evangelio según Marcos. II: Mc 8,22–16,8. Nueva traducción, con introducción y comentario* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 131; Salamanca: Sígueme, 2011), 1121.

²³ Es interesante notar que, a pesar de que estos pasajes del Nuevo Testamento evidencian que Jesús padeció la experiencia humana del miedo, en ningún momento se usa *phobeō* o *phobos*, léxico más común para referir el miedo, atribuidos a Jesús. Es posible que los autores del Nuevo Testamento quisieran evitar el mismo vocablo que usó la Septuaginta para referir el sentimiento de Adán tras el primer pecado (Gén 3,10 LXX).

²⁴ San Justino, *Diálogo con Trifón*, 99.2. Traducción de Daniel Ruiz Bueno, Padres Apostólicos y Apologistas Griegos (S. II). Introducción, notas y versión española (BAC 629; Madrid: BAC, 2002) 1215.

²⁵ Serena Noceti, «“Ho avuto paura”. Una emozione che ci rivela», *Parole di vita* 63, n.º. 3 (2018): 42 («Il suo coraggio non era quello di un individuo autocentrato, come alcuni eroi

Sin embargo, aún es posible encontrar una profundidad mayor en la agonía de Jesús en Getsemaní. Él no solo sufre en cuanto hombre, sino también en cuanto Hijo de Dios. Ratzinger afronta este enigma teológico notando que Jesús no solo está consternado como hombre ante la próxima muerte que va a sufrir; hay algo más, un plus que tiene que ver con su condición de Hijo:

... hay todavía algo más: el estremecimiento particular de quien es la Vida misma ante el abismo de todo el poder de destrucción, del mal, de lo que se opone a Dios, y que ahora se abate directamente sobre Él, que ahora debe tomar de modo inmediato sobre sí, más aún, lo debe acoger dentro de sí hasta el punto de llegar a ser él mismo «hecho pecado» (cf. 2 Cor 5,21). [...] Precisamente porque es el Hijo, siente profundamente el horror, toda la suciedad y la perfidia que debe beber en aquel «cáliz» destinado a Él: todo el poder del pecado y de la muerte. [...] La angustia de Jesús es algo mucho más radical que la angustia que asalta a cada hombre ante la muerte: es el choque frontal entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte, el verdadero drama de la decisión que caracteriza a la historia humana²⁶.

En consecuencia, si la primera experiencia de Adán en el Paraíso tras el primer pecado fue el miedo, así también el segundo Adán debió experimentar el miedo para poder redimir al hombre del pecado en Getsemaní. La correlación puede seguir: si el profeta Jeremías tiene miedo de sus enemigos que pueden quitarle la vida, también Jesús es consciente de que, como profeta, va a morir (cf. Mt 23,37) y siente miedo en la colina próxima a Jerusalén. Si el salmista tiene miedo e invoca al Señor como luz y salvación, Jesús también ora en las oscuridades del huerto para tratar de vencer su miedo. Si el sabio siente miedo ante la victoria del desorden y el caos, también Jesús tiene miedo ante el posible final del proyecto de Dios, el reino, por el que había entregado su vida. Así pues, en la agonía de Jesucristo se sintetiza todo el horror del que es capaz el miedo —hacer temer al mismo Hijo de Dios— y, a la vez, su vía de liberación —el Hijo sufre miedo para que los hijos sean liberados de él—. En conclusión, Dios responde «encarnando» en su Hijo los miedos del hombre para redimirlo.

greci, ma quello di un uomo che si riconosceva nell'essere con-gli-altri e nell'essere per-gli-altri, consapevole della fragile potenzialità dell'umano e insieme delle potenzialità smisurate dell'amore del Padre»).

²⁶ Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazaret*. Segunda parte: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección (Madrid: Encuentro, 2011), 184-185.

6. Cartas apostólicas

a) La identidad más profunda del miedo: Romanos y Hebreos

¹⁴ Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. ¹⁵ Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, *para recaer en el miedo*, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!».

(Romanos 8,14-15)

¹⁴ Por tanto, lo mismo que los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Jesús de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, ¹⁵ y liberar a cuantos, *por miedo a la muerte*, pasaban la vida entera como esclavos.

(Hebreos 2,14-15)

Estos pasajes de la carta a los Romanos y de Hebreos recuperan una asociación que ya fue sugerida en el relato de Génesis: el miedo está íntimamente asociado a la esclavitud en la que el pecado ha sumido al hombre, y a la muerte, consecuencia infausta del pecado, según Rom 5,12. El miedo en Rom 8,14-15 indica el pavor que siente el hombre ante una posible sentencia condenatoria en el juicio²⁷. Además, Hebreos menciona al diablo, «señor de la muerte», que ejecutó esta esclavitud nefasta²⁸. Así pues, en estos dos pasajes el miedo es algo más que una emoción psicológica. Se trata de un estado de esclavitud objetiva —podríamos decir, ontológica—, íntimamente unido al pecado y a la muerte. En estos textos se revela la identidad teológica más profunda del miedo: es la consecuencia aciaga de la condición caída. Por ello, el ser humano no se puede liberar del miedo por sus solas fuerzas. Necesita de la intervención salvadora de Cristo. Sin embargo, esta liberación, o adopción filial según el texto de Romanos, no acontece por un acto auto-afirmativo de potencia divina, sino por la encarnación del Hijo y por la efusión del Espíritu. Paradójicamente, la muerte, instrumento del poder del diablo según Hebreos, ha sido convertida por Cristo en instrumento

²⁷ Cf. Romano Penna, *Carta a los Romanos*. Introducción, versión y comentario (Estella: Verbo Divino, 2013), 631-632, quien cita, entre otros textos, el Sal 119,120: «Tu terror me hace temblar, tengo miedo de tus juicios».

²⁸ Si bien Rom 5,12-21 sostiene que la entrada de la muerte en el mundo procede del pecado de Adán, Hebreos retoma la idea del libro de la Sabiduría según la cual «por envidia del diablo entró la muerte en el mundo» (Sab 2,24).

de victoria y liberación²⁹. Por ello, tras la muerte y resurrección de Cristo, aunque los hombres aún experimentan el miedo y la muerte como herencias del pecado, ya han sido liberados de ellos a la espera de la victoria definitiva.

En continuidad con esta esperanza de salvación, el evangelio de Marcos manifiesta que, en la edad mesiánica, el miedo comienza a cambiar de bando: pasa del hombre a las fuerzas del mal. Son los espíritus impuros los que tienen miedo de Jesús. Así, en la primera acción liberadora de Cafarnaúm, un hombre poseído de un espíritu impuro grita a Jesús y pregunta alarmado, «¿has venido a destruirnos?» (Mc 1,23-26)³⁰; los espíritus inmundos se arrojan a sus pies y gritan (3,11-12); y ruegan a Jesús diciendo: «Por Dios te lo pido, no me atormentes (*mē basanizēs*)» (5,7; cf. Mt 8,29). El verbo *basanizein* es usado en Ap 20,10 para el tormento escatológico del diablo, lo que confirma la victoria final³¹. Asimismo, sentirán un terror atroz los reyes y los mercaderes de la tierra que servían a Babilonia (Ap 18,10.15). En conclusión, tanto Marcos como el Apocalipsis sugieren que la batalla escatológica ya ha comenzado y que las fuerzas del mal manifiestan abiertamente su miedo ante el enviado de Dios.

b) En el amor no hay temor: 1 Juan 4,18

¹⁷ En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. ¹⁸ *No hay temor en el amor*, sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor tiene que ver con el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor. ¹⁹ *Nosotros amemos [a Dios]*³², porque él nos amó primero.

(1 Juan 4,17-19)

²⁹ Cf. Albert Vanhoye, *Carta a los Hebreos* (Comprender la Palabra 34; Madrid: BAC, 2014), 29.

³⁰ Cf. Marcus, *El evangelio según Marcos...*, I, 204: «La clave del pasaje [Mc 1,23-26] viene dada por la cláusula central, donde el demonio, hablando en primera persona del plural, en nombre de todos los demonios, expresa su terror ante la llegada de Jesús (“¿has venido a destruirnos?”)».

³¹ Cf. Marcus, *El evangelio según Marcos...*, I, 394.

³² El texto de la *Sagrada Biblia* de la Conferencia Episcopal («Nosotros amemos a Dios, porque él nos amó primero») sigue a α 048 33 81 614 630 1505 y algunas versiones sirias y coptas. En cambio, es preferible la ausencia de objeto que amplía el amor tanto a Dios como a los hermanos («Nosotros amemos, porque él nos amó primero»). Esta *lectio brevior* está atestiguada en A B 5 322 323 424 945 1241 1739 1881 y la Vulgata. Así Bruce Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament* (Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft, 22001), 645.

Acabamos de decir, comentando Rom 8,15, que los creyentes, por la acción del Espíritu, han sido liberados del miedo al juicio. La 1 Juan re toma esta idea. Según la carta, Dios ha demostrado su amor enviando a su Hijo como víctima de propiciación por los pecados de los fieles (1 Jn 4,10). Dicho amor liga a los creyentes entre sí y con Dios, y es de tal magnitud, que sirve para definir a Dios («Dios *es amor*»: 4,8). Pues bien, según 1 Jn 4,18, el amor perfecto expulsa el temor. La carta alude aquí al miedo último, más allá del temor a la muerte física: el miedo a la condena en el juicio, el miedo a la segunda muerte (Ap 2,11; 20,6.14; 21,8; Jud 1,12). Este temor imponente queda vencido por el amor. Ahora bien, «el día del juicio es mencionado solo para ser efectivamente socavado: no es lo desconocido, una fuente de inquietud ansiosa y preparación urgente. La confianza es posible incluso ahora porque el resultado ya está asegurado»³³. Participar del amor del Dios que ha amado «primero» a sus fieles es el aval de la confianza del creyente. De ahí que seguir experimentando el miedo es signo de que aún no se participa completamente en la esfera del amor divino. En la medida en la que se vive totalmente en él —recuérdese la fórmula de inmanencia recíproca³⁴—, el amor expulsará el temor de la vida. Finalmente, el amor perfecto que expulsa el temor no consiste solo en una confianza ilimitada en Dios, también exige un amor real por los otros (cf. 1 Jn 4,7.11.20.21). La victoria sobre el miedo pasa ineludiblemente por el amor al hermano.

7. Apocalipsis

a) Temor de Dios y alabanza: Ap 14,7

⁶ Vi otro ángel que volaba por mitad del cielo; llevaba un evangelio eterno para anunciarlo a los habitantes de la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo. ⁷ Decía con voz poderosa: «*Temed a Dios y dadle gloria*, porque ha llegado la hora de su juicio; adorad al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales de las aguas».

(Apocalipsis 14,6-7)

³³ Judith M. Lieu, *I, II & III John. A Commentary* (The New Testament Library; Louisville: Westminster John Knox Press, 2008), 194 («The day of judgment is mentioned only to be effectively undermined: it is not the unknown, a source of anxious trepidation and urgent preparation. Confidence is possible even now because the outcome is already assured»).

³⁴ Cf. Jn 6,56-57; 14,20; 15,4-7; 17,21-23.26; 1 Jn 2,24; 3,24; 4,12-16.

El Apocalipsis, broche final del canon bíblico, está elaborado a partir de una infinidad de citas, alusiones y motivos del AT. De ahí que el motivo del miedo también reaparezca con formulaciones ya estudiadas. Así, en la cristofanía inicial, el Hijo del Hombre dice al vidente Juan: «No temas, soy yo» (Ap 1,17); retomando la fórmula de los relatos vocacionales. Aquí sirve para legitimar la labor del vidente que debe poner por escrito la revelación en que consiste el libro. También el ángel dice a la iglesia de Esmirna: «No temas por lo que vas a sufrir» (Ap 2,10); anunciando las tribulaciones finales que afrontará aquella iglesia antes del fin. Este pasaje recuerda los textos de Pablo y Hebreos en los que el miedo testimoniaba el combate apocalíptico entre Dios y las fuerzas del mal.

Aunque hay otras referencias al motivo del miedo en el libro, hemos escogido Ap 14,6-7 porque es un texto que ejemplifica una interesante conexión bíblica: la relación inescindible entre el temor del Señor y la alabanza divina (cf. Ap 15,4; 19,5). Ahora bien, ¿no resulta un contrasentido alabar a quien se teme? En modo alguno para la tradición bíblica, donde los dos elementos aparecen inescindiblemente unidos³⁵. El temor del Señor, como la alabanza, consiste en el reconocimiento de la grandeza y majestad divinas. Aunque ciertamente implique tener un miedo real ante la perspectiva del juicio, es una actitud positiva, porque libera de los otros miedos y recoloca al fiel en sus relaciones con el Creador y las demás criaturas. Así pues, tanto el temor de Dios como la alabanza divina radican en el reconocimiento de su soberanía sobre el mundo y la historia. En este sentido, Ap 14,6-7 refiere el episodio grandioso del ángel que trae el «evangelio eterno» a todos los hombres «de toda nación, raza, lengua y pueblo» para que reconozcan la inminencia del juicio y, consiguientemente, temen a Dios y lo alaben³⁶. Podríamos decir que el temor del Señor y la alabanza divinas son dos caras de la misma moneda, dos formas de reconocer la potestad divina: el temor de Dios, en sentido sensato y respetuoso para el hombre, considerando el

³⁵ Schlimm, «The Paradoxes of Fear», 46 n. 58, cita 11 versos del AT en los que aparece tanto el léxico del miedo (*yr*’, *yr*’*h*, *mwr*’) como el de la alabanza (*hll*, *thlh*). En la mayor parte de los textos la alabanza y el temor del Señor, o el reconocimiento de su presencia terrible, están en paralelo: Éx 15,11; Dt 10,21; 1 Cro 16,25; Sal 22,24.26; 40,4; 96,4; 110,10; 112,1. En el Sal 56,5, la alabanza divina es opuesta al miedo humano; y en Prov 31,30, la mujer que teme al Señor es digna de alabanza. Aplicando una compleja e interesante fórmula matemática, Schlimm (p. 46) prueba que, en hebreo, el léxico de la alabanza es tres veces más probable que aparezca en un verso que contiene una referencia al miedo que en otros versos sin ella.

³⁶ Cf. Craig R. Koester, *Revelation. A New Translation with Introduction and Commentary* (AncB 38A; New Haven – London: Yale University Press, 2014), 620.

peligro de la opción contraria ante la realidad del juicio; la alabanza divina, en sentido gratuito y generoso para con Dios, cantando sus actos de creación y redención. En conclusión, alabar y temer a Dios no se oponen, sino que se potencian. Son dos formas complementarias de reconocer a Dios.

8. Conclusión

Nuestra encuesta acerca de la experiencia del miedo en la Biblia a través de textos escogidos de los diferentes bloques del canon evidencia que el miedo es una realidad compleja, multiforme y fascinante. Aunque a primera vista parecería una experiencia exclusivamente negativa, hemos ido viendo algunas de sus virtualidades insospechadas. Recapitulemos los resultados obtenidos, primero reparando en la esencia negativa del miedo y, segundo, considerando sus consecuencias benéficas.

Por un lado, el miedo es, en principio, una emoción psicológica negativa muy común, que agita o paraliza al ser humano debido a una amenaza real o imaginada. Los ejemplos de ello son innumerables. El primer miedo arquetípico de Adán da fe de esta experiencia básica que, aunque irracional —Adán tiene miedo del que solo quiere su bien: Dios—, desencadena consecuencias decisivas para la vida del hombre. Del caso de Jeremías, aprendemos que se trata también de un sentimiento que bloquea al llamado y lo inhabilita para responder a la vocación divina. Ahora bien, el análisis de los pasajes de Romanos y Hebreos nos ha mostrado que el miedo no es solo una realidad psicológica, sino que se revela como una fuerza hostil que atenaza al hombre caído, como consecuencia de la esclavitud a la que lo tiene sometido el pecado y su lugarteniente, la muerte, el «rey de los terrores» (Job 18,14). Por ello, según la relectura apocalíptica de Génesis que hace Pablo y sus seguidores, no es posible recorrer un camino exclusivamente humano de liberación del miedo hasta conseguir una supuesta *ataraxia* o *apatheia* de corte estoico. El ser humano necesita de la intervención divina, por medio de la muerte y resurrección de Cristo, para ser rescatado de su postración ansiosa. Este acto liberador ha requerido que el Hijo también haya experimentado el miedo en toda su atrocidad, hasta presentar oraciones y súplicas a gritos y con lágrimas (Heb 5,7). Dicho acto de amor divino introduce al creyente que se deja rescatar por él en una esfera de fe y amor que lo libera de las asechanzas del miedo último, la condenación eterna, y le permite vivir ya con confianza, incluso aunque aún deba experimentar el poder de la muerte y su prolepsis vital: el miedo.

Ahora bien, por otro lado, la revelación bíblica no solo atestigua las mil características del miedo cotidiano y revela sus raíces más funestas, sino que también atestigua algunas de sus virtualidades positivas. Si desde un punto de vista escatológico el miedo es una consecuencia exclusivamente negativa del pecado; teniendo en cuenta la realidad actual del hombre caído, el miedo posee valiosas capacidades pedagógicas. Y, puesto que los autores bíblicos adoptan con frecuencia esta perspectiva «desde abajo», la Biblia también revela por ello el reverso positivo del miedo. Hacemos, por consiguiente, un elenco de estas virtualidades positivas del miedo.

En este segundo sentido, el miedo es mecanismo impulsivo que manifiesta amor a la vida, cuando se considera amenazada, y activa todas las energías y capacidades humanas para custodiarla. El miedo permite al hombre reconocerse como criatura pequeña y vulnerable necesitada de su Creador. Asimismo, el miedo ayuda a sentir empatía y reconocer que también los otros son frágiles y tienen miedo, necesitados de una palabra de ánimo y consuelo. En la tradición profética, el miedo abre espacios a la gracia, que señalan la distancia entre la debilidad del llamado y la fuerza divina que se realiza en la misión encomendada. Los sabios de Israel también eran conscientes de que el miedo precave contra el mal y ayuda a evitar las ocasiones de peligro³⁷. El miedo, purificado y transformado en temor del Señor, permite al creyente reconocer el orden del cosmos y de sus relaciones con Dios, con los demás y con la creación. El temor del Señor hace relativizar los demás temores (puesto que Dios es el *más* temible, ya no hay que temer a ningún enemigo); conduce al pecador a reconocer con contrición sus faltas, obedecer con ahínco la Ley, amar y alabar a Dios. En fin, a la luz de los pasajes paulinos que animan al creyente a participar de los sufrimientos de Cristo (cf. 2 Cor 4,10; Flp 3,10; Rom 6,4; Col 1,24, etc.), experimentar un miedo agónico se convierte en posibilidad insospechada de comunión vital con Cristo, que también padeció la agonía del miedo y el espanto en Getsemaní, para la salvación de los hombres. En conclusión, el miedo en tanto que temor del Señor se revela como un camino saludable para que, en esta vida marcada por el pecado y la muerte, el ser humano pueda ser salvado por aquel que ha gustado nuestros miedos en vista de colmarnos de su amor.

³⁷ Prov 14,16: «El sabio teme y se aparta del mal, el necio arrogante se cree seguro» o Prov 22,3: «El prudente ve el mal y se protege, los incautos se arriesgan para su mal». Este miedo no es falta de valentía, sino sensatez ante una ocasión de peligro. Citas de Costacurta, «Paura», 987.

Comenzábamos este ensayo evidenciando el crecimiento exponencial de las manifestaciones patológicas del miedo en nuestras sociedades occidentales debido a la pandemia del coronavirus. En respuesta a este fenómeno, los resultados de nuestra aproximación bíblica invitan, por un lado, a relativizar el miedo social a la enfermedad y a la muerte, porque Dios tiene la última palabra frente a ellas; y, por otro, a alumbrar enseñanzas positivas de esta experiencia básica insoslayable. Esta tarea pedagógica, sin embargo, pertenece a educadores, psicólogos, sociólogos y pastoralistas. Acabamos, por ello, con unas palabras finales de la Biblia: pertenecen al sabio Ben Sira, quien nos lega enseñanzas sensatas de vida, alegría y bendición, a partir paradójicamente de una clase de miedo:

¹¹ El temor del Señor es gloria y honor, alegría y corona de júbilo.

¹² El temor del Señor deleita el corazón, da alegría, gozo y larga vida.

El temor del Señor es un don del Señor, pues se asienta sobre los caminos del amor.

¹³ El que teme al Señor tendrá un buen final y el día de su muerte será bendecido.

(Eclesiástico 1,11-13)

Bibliografía

Alonso Schökel, Luis, y Cecilia Carniti, *Salmos. I: Salmos 1–72*. Traducción, introducciones y comentario. Estella: Verbo Divino, 1992.

Bauer, Walter, Frederick William Danker, et al., *A Greek-English Lexicon of the New Testament and other Early Christian Literature*. Chicago: University of Chicago Press, 32000.

Bauman, Zygmunt, *Miedo líquido*. La sociedad contemporánea y sus temores. Barcelona: Paidós, 2007.

Bretón, Santiago, *Vocación y misión*. Formulario profético. Roma: PIB, 1987.

Cappelletto, Gianni, *In camino con Israel*. Introduzione all'Antico Testamento, vol. I (Studi Religiosi). Padova: Messaggero, 2016.

Childs, Brevard S., *El libro del Éxodo*. Comentario crítico y teológico. Estella: Verbo Divino, 2003.

Costacurta, Bruna, *La vita minacciata. Il tema della paura nella Bibbia Ebraica* (Analecta Biblica 119). Roma: PIB, 2007.

Costacurta, Bruna, «Paura», in *Temi teologici della Bibbia*, a cura di Romano Penna, Giacomo Perego e Gianfranco Ravasi. Cinisello Balsamo: San Paolo, 2010, 985-989.

Fitzpatrick, Kevin M., Casey Harris, Grant Drawve, «Fear of COVID-19 and the Mental Health Consequences in America», *Psychological Trauma: Theory, Research, Practice, and Policy* 12, (2020): 17-21.

Fout, Jason A., «What Do I Fear When I Fear My God? A Theological Reexamination of a Biblical Theme», *Journal of Theological Interpretation* 9, (2015): 23-38.

Invernizzi, Laura, «Paura e inadeguatezza: spazio di Dio?», *Parole di vita* 63, n° 3, (2018): 16-21.

Kadidiatou Fofana, Nina, Faiza Latif, Summaira Sarfraz, Bilal, Muhammad Farhan Bashir, Bushra Komal, «Fear and Agony of the Pandemic Leading to Stress and Mental Illness: An emerging crisis in the novel coronavirus (COVID-19) outbreak», *Psychiatry Research* 291, (2020). doi: 10.1016/j.psychres.2020.113230.

Koester, Craig R., *Revelation. A New Translation with Introduction and Commentary* (AncB 38A). New Haven – London: Yale University Press, 2014.

Lieu, Judith M. *I, II & III John. A Commentary* (The New Testament Library). Louisville: Westminster John Knox Press, 2008.

Marcus, Joel, *El evangelio según Marcos. II: Mc 8,22–16,8*. Nueva traducción, con introducción y comentario (Biblioteca de Estudios Bíblicos 131). Salamanca: Sígueme, 2011.

Metzger, Bruce, *A Textual Commentary on the Greek New Testament*. Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft, 22001.

Morla, Víctor, *Libro de Job*. Recóndita armonía. Estella: Verbo Divino, 2017.

Noceti, Serena, «“Ho avuto paura”. Una emozione che ci rivela», *Parole di vita* 63, n° 3, (2018): 39-42.

Penna, Romano, *Carta a los Romanos*. Introducción, versión y comentario. Estella: Verbo Divino, 2013.

Rad, Gerhard von, *El libro del Génesis*. Salamanca: Sígueme, 1982.

Ratzinger, Joseph, *Jesús de Nazaret*. Segunda parte: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección. Madrid: Encuentro, 2011.

Rossi, Benedetta, «Nella paura, la fiducia», *Parole di vita* 63, nº. 3, (2018): 22-27.

Ruiz Bueno, Daniel, *Padres Apostólicos y Apologistas Griegos (S. II)*. Introducción, notas y versión española (BAC 629). Madrid: BAC, 2002.

Schlimm, Matthew R., «The Paradoxes of Fear in the Hebrew Bible», *Svensk Exegetisk Årsbok* 84, (2019): 25-50.

Vanhoye, Albert, *Carta a los Hebreos* (Comprender la Palabra 34). Madrid: BAC, 2014.

Zimmerli, Walther, *Manual de Teología del Antiguo Testamento*. Madrid: Cristiandad, 1980.

RESEÑAS

Accrocca, Felice, *Francisco ayer y hoy. Vida y actualidad del santo de Asís* (EK) 270; **Amunarriz Urrutia, Antxon**, *Teología Franciscana en el medioevo* (MAEA) 250-251; **Andueza Soteras, José Manuel**, *Jesús y los esenios. Una excusa para pensar desde Jesús* (FMF) 252; **Baqués, Marian**, *En el camino. Siete miradas diversas desde la educación* (MAEA) 280; **Batiz, Jacinto**, *Cuestiones sobre la Eutanasia. Principios para cuidar la vida de quien sufre* (MAEA) 279; **Calduch-Benages, Nuria** (coord.), *San Pablo y las mujeres* (FMF) 245; **Colom, Martí**, *La tristeza del zelota* (MAEA) 281; **Elzo, Javier**, *¿Tiene futuro el cristianismo en España? De la era de la cristiandad a la era postsecular* (LOT) 271-272; **Fredriksen, Paula**, *Pablo el judío. Apóstol de los paganos* (JFCM) 246; **Fuster Camp, Ignasi**, *Persona y bien. Fundamentos antropológicos de la ética* (MASP) 269; **Gómez-Acebo, Isabel**, *Las discípulas de Jesús* (MAEA) 282; **Hernández Carracedo, José Manuel**, *La caracterización de Jesús en las notas del narrador del evangelio de Juan. Una guía de lectura para el relato* (FMF) 247-248; **Horno P.** (Coord.) González E., Ruiz C., Moñino C., *Poniendo alma al dolor* (MAEA) 273-274; **Inogés Sanz, M^a Cristina**, *Susurros de angustia y amor* (MAEA) 283; **Iribarnegaray, Teresa**, *En el centro, Jesús. Lectura existencial del Evangelio de Mateo* (FMF) 249; **Kabasha, Gaétan**, *Una mano invisible. De seminarista en el exilio a sacerdote de Cristo* (MAEA) 284; **Martinelli, Paolo** (a cura di), *La Teología Spirituale oggi. Identità e missione* (FHD) 253; **Martínez Fresneda, Francisco**, *Francisco de Asís y la salvación* (FHD) 275-276; **Martínez García, J. M.**, *El movimiento ecuménico y el diálogo interreligioso* (FHD) 254; **Martínez Cano, Silvia**, *Teología feminista para principiantes* (MMGG) 255; **Martínez Gordo, Jesús**, *Entre el Tabor y el Calvario. Una espiritualidad "con carne"* (FEA) 256-258; **Pikaza Ibarrondo, Xabier**, *Felices vosotros: las bienaventuranzas* (BPA) 259-260; **Puig, Armand**, *El Sacramento de la Eucaristía. De la última cena de Jesús a la liturgia cristiana antigua* (LQG) 261-262; **Saranyana, Josep-Ignasi**, *Historia de la teología cristiana (750-2000)* (FMF) 263-265; **Schmemann, Alexander**, *¿Dónde está, muerte, tu victoria?* (FMF) 266; **Somavilla, Enrique OSA**, *XXIII Jornadas Agustonianas, El papel de la mujer en la Iglesia* (MMGG) 277-278; **Vázquez Jiménez, Rafael**, *La reforma de la Iglesia a la luz del movimiento ecuménico* (FHD) 267-268.



INSTITUTO TEOLÓGICO DE MURCIA OFM
Servicio de Publicaciones

